

## La aplicación del *Zoom* después de Covid. ¿Estado de la cuestión?

Durante la pandemia que arrasó el mundo en este periodo histórico y perturbado, qué suerte haber podido beneficiarse de un nuevo dispositivo de comunicación visual y a distancia.

¡Gracias al progreso y a la nueva generación de ingenieros!

Antes era reacio a aceptar incluso una sesión telefónica (salvo en casos excepcionales).

Pero en este periodo concreto, en el que todos estábamos confinados en el mismo baño (distanciados y ansiosos), afortunadamente, al igual que muchos de mis colegas psicoanalistas, pude observar que las curas telefónicas (a pesar de la ausencia de los cuerpos) iban especialmente bien. A veces incluso conseguíamos tener sesiones excepcionales (¿quizás era la proximidad auditiva?). Este impacto impresionante, contra todo pronóstico, nos obligó a replantearnos nuestra técnica y a hacer avanzar la teoría analítica.

Los psicoanalistas que rechazaron el dispositivo telefónico, pensando que el análisis cara a cara era intocable por un Virus contaminante que sin embargo era muy real, han perdido, me parece, gran parte de la oportunidad de comprender lo que es realmente un "acto analítico". Obligados a salir de nuestro dispositivo bien engrasado, volviéndonos más atentos a lo insólito de una situación que se nos impone improvisadamente, nos damos cuenta de que el inconsciente se filtra por todas partes, en todos los intersticios de la vida. Y que no es necesariamente necesario un dispositivo exigente y muy "enmarcado"... La transferencia, en sí misma, establece el marco. Y, por tanto, ¡puede establecerse en cualquier parte!

Esta es una de las lecciones que el Covid aportó al pensamiento psicoanalítico.

A lo largo de este periodo, lo visual en línea también tuvo algo de excepcional: un aire de libertad, sin dejar de estar encerrado en casa. Todos relegados al mismo lugar, la tecnología digital nos permitía mantener el contacto con la familia, los amigos y los colegas. Así, los seminarios siguieron celebrándose, reuniendo a muchos más oyentes que en persona, felices de compartir una palabra sobre los temas psicoanalíticos propuestos. Y lo que fue

particularmente novedoso fue compartir esta palabra con un público de provincias y del extranjero. Los grupos de trabajo también se adaptaron a la pantalla, e incluso se esperaron con impaciencia. Se crearon otros nuevos. Los encuentros se multiplicaron. Los intercambios, un poco tímidos al principio, se hicieron fructíferos, fáciles, indispensables. Por no hablar de los momentos festivos, que, al principio, tenían dificultades para encontrar su huella a distancia, pero que acabaron por organizarse y ritualizarse. Incluso los coloquios que se invitaron en el mosaico del zoom, reuniendo a psicoanalistas de todos los países, de todos los continentes (gracias a los sistemas de traducción adaptados). Qué alegría, a pesar del aislamiento, haber podido compartir estos momentos de internet, de comunicación visual, estos momentos de reencuentro tan esperados, que se han convertido en rituales casi indispensables, de los que ya no podíamos prescindir.

El confinamiento, paradójicamente, nos unió, pero también nos mantuvo a cada uno en una zona de confort íntima, como un caparazón protector, un espacio familiar alejado del mundo exterior, donde se aplaza la confrontación directa con el otro. De este modo, contrariamente a la costumbre parisina, nos acostumbramos a un menor estrés, con la tensión reducida al mínimo... Una especie de disfrute del "estar quieto". ¿Cómo procedíamos antes del Covid? Evidentemente, resulta más complicado dejar el beneficio de este edén al alcance de la vida cotidiana, para retomar el curso de nuestra vida anterior.

Y finalmente, ¡nada es igual que antes! ...Bueno, casi.

En general, los pacientes vuelven al diván. La práctica analítica continúa como antes a través de sus curas. Las sesiones impuestas por teléfono han vuelto a ser raras y han perdido su impacto analítico, "específico del dispositivo de encierro".

Pero algunos pacientes han adquirido el gusto por lo remoto y persisten en ausentarse, porque están cansados o enfermos, porque están ocupados o teletrabajan, y siguen exigiendo sesiones por teléfono. Mientras que estas razones eran difícilmente admisibles antes de la pandemia.

Sobre todo, porque los pacientes que antes viajaban desde provincias para reunirse con su analista en París ahora proponen alternar sus sesiones con la fórmula del vídeo. Es cierto

que es menos costoso y fatigoso, pero al analizarlo pierde por el camino la fuerza de su transferencia. Y el deseo del analista se atrofia en su estilo y su dinámica, con, al final, un trabajo analítico que tiende a ralentizarse, cuando no a veces a romperse... porque al final demasiada distancia, demasiado tiempo, deshilacha el análisis. Del mismo modo, los pacientes, acostumbrados a viajar desde el extranjero -viaje que, por su distancia geográfica, contribuía a reforzar la transferencia- han adquirido el gusto por esta facilidad de comunicación, y presionan para mantenerla.

Y es cierto que, desde la experiencia del encierro, lo digital ha ganado terreno al encuentro humano, al impacto transferencial, soslayando el importante papel, señalado por Lacan, que "la presencia y el desplazamiento del cuerpo del psicoanalista" pueden tener en la sesión. El Visio en línea difumina los "sentidos", como la voz (que (deformado), tocar (ya no es posible), mirar (distorsionado). Las aplicaciones WhatsApp, Skype y Zoom han cambiado las reglas del juego. Han transformado las relaciones y el comportamiento humanos.

Por supuesto, esta evolución en la comunicación nos da la ventaja de ampliar nuestra práctica a nuevos pacientes, los que viven en otros continentes (como China o América). Esto era impensable hace unos años. Pero ¿permite realmente este proceso, mediante pantallas interpuestas, la aplicación de una cura a lo largo del dispositivo? ¿Qué nos permite afirmar que estamos ejerciendo una práctica analítica en este tipo de sesiones? Superviso a analistas que tienen pacientes a gran distancia y con los que nunca se encuentran. Su trabajo parece más cercano a la psicoterapia que a un tratamiento analítico.

Así pues, hoy en día, somos beneficiarios de esta gran apertura planetaria... Estoy agradecido por este inmenso progreso tecnológico. El encuentro con el otro (expatriado, extranjero) facilita la amistad, las conversaciones privadas y públicas, el trabajo en común. Por la noche, cuando tengo insomnio, a veces hablo con mis amigos brasileños o argentinos... Hablamos de nosotros mismos, de política exterior, de nuestras respectivas asociaciones, nos supervisamos mutuamente, rehacemos el mundo.

Antes, apenas pensábamos en telefonarnos (demasiado caro, mala comunicación). El correo electrónico era la única forma de afrontar el reto. Pero la tarea era tediosa y las

respuestas tardaban en llegar. Antes de los correos electrónicos, existía el servicio postal, que hacía que los intercambios entre continentes fueran peligrosos y escasos. Ahora estamos, por así decirlo, muy cerca.

Este nuevo modo de comunicación, bastante bienvenido en términos de distancia, amistad y trabajo puntual, exige que seamos capaces de distinguir entre cosas diferentes. A pesar de la apertura de espíritu que Freud preconizaba, este dispositivo en línea no representa, concreta y éticamente, una nueva técnica posible para el psicoanálisis. Si el inconsciente puede interferir en la apertura de una nueva situación, creo que el momento de su aprehensión, en el transcurso de las sesiones, se bloquea a largo plazo porque se nos escapan muchas pistas, pensamientos, espontaneidades...